
EDITORIAL

¿Es la energía nuclear la solución al cambio climático?

El 24 de mayo 2004 el periódico inglés *The Independent* publicó un artículo de James Lovelock, el conocido autor de la “Hipótesis Gaia”, con el título “Nuclear power is the only green solution” (“La energía nuclear es la única solución verde”) que tuvo una notable repercusión en los medios de comunicación, en los que se llegó a afirmar que el propio Mikhail Gorbachov, Presidente de Green Cross International, apoyaba estas tesis favorables al uso de la energía nuclear. Por dicho motivo, Gorbachov se vio obligado a realizar una declaración oficial, que fue leída en los “Diálogos sobre energía y sostenibilidad” celebrados los días 2 y 3 de junio de 2004 en el Forum de Barcelona (España), de la que reproducimos el párrafo inicial:

Durante los dos últimos días en Barcelona mis declaraciones sobre la energía, y en particular sobre la energía nuclear, han sido gravemente malinterpretadas e incorrectamente presentadas por los medios de comunicación. De hecho, la cita del Dr. Lovelock, el experto en medio ambiente británico, se me atribuyó erróneamente a mí. No respaldo su punto de vista de que el mundo debe adoptar la energía nuclear a causa del cambio climático; solamente lo presenté como un ejemplo de que la situación del cambio climático es tan grave que lleva a un experto en medio ambiente al extremo de sugerir algo así.

La inquietud creada por estas informaciones contradictorias, no siempre correctamente presentadas por los medios de difusión, la indudable ascendencia que James Lovelock tiene en el movimiento ecologista y la importancia del tema debatido, nos han llevado a preparar este breve texto que intenta contribuir a clarificar esta problemática.

El artículo de Lovelock comienza llamando la atención sobre la gravedad del efecto invernadero y la necesidad de disminuir drásticamente y urgentemente la emisión de los gases que provocan su incremento, para evitar una catástrofe ambiental sin precedentes. En esto existe un consenso muy general en la comunidad científica: el cambio climático provocado por la actividad humana ha comenzado ya –la Comisión Mundial del Medio Ambiente y del Desarrollo (1988) ha hablado de un futuro amenazado– y está relacionado con la modificación tremendamente acelerada de la composición de la atmósfera,

debida a las emisiones de CO₂ y otros gases de efecto invernadero. El corolario es bien claro: es preciso establecer urgentemente un nuevo modelo energético que no esté basado en los combustibles fósiles.

Hasta ahí todos de acuerdo. Pero Lovelock muestra un serio desconocimiento del problema energético al proponer la energía nuclear como solución. En primer lugar porque, como bien sabemos, son muy graves los problemas que el uso de este recurso energético genera para el medio ambiente (aunque entre ellos no se encuentre el incremento de los gases de efecto invernadero): toneladas de residuos de media y alta actividad, con vidas medias de centenares de años y, en algunos casos, milenios; los peligros asociados al transporte y manipulación de los materiales radiactivos; la posibilidad de accidentes de tremendas consecuencias, como el ocurrido en Chernobil, o de atentados, cuya prevención (hipotética) requiere costosas medidas de seguridad, etc.

Por otro lado, como Bernard Laponche, especialista en políticas energéticas, recordó en los mencionados diálogos sobre energía y sostenibilidad, la contribución de la energía nuclear en el ámbito mundial es tan solo de un 6%. Incluso en países como Francia o Japón, que en su momento optaron por la creación de numerosas centrales, el porcentaje de energía de origen nuclear no llega al 20%. Es cierto que a veces se afirma que en Francia este porcentaje es de un 80%, pero, como bien explicó Laponche, se trata de un error: ése es el porcentaje que corresponde a la producción de electricidad. De hecho, el consumo de productos petrolíferos por cápita en Francia es similar al del conjunto de la Unión Europea.

Así pues, apostar por una solución nuclear exigiría crear en todo el mundo miles de centrales, de un coste, como es bien sabido, desorbitado y absolutamente inaccesible a los países del Tercer Mundo (donde dos mil millones de personas siguen sin tener acceso a la electricidad y otros tres mil tienen un suministro de energía muy insuficiente). En conclusión: la energía nuclear no representa hoy una alternativa real a los combustibles fósiles, sino un grave problema más, con el que es preciso acabar.

El artículo de Lovelock contiene otro serio error: habla de las energías renovables como de “visionary energy sources”. No lo son: los parques eólicos y los paneles fotovoltaicos, por ejemplo, constituyen ya una realidad en fuerte expansión en algunos países, a pesar del escaso impulso que se ha dado hasta aquí a su desarrollo, debido, entre otros, a los intereses de muchas compañías de electricidad y de los grupos de presión petrolíferos. Una realidad por la que se apostó ya en la Cumbre de la Tierra, en Río de Janeiro en 1992, en la de Johannesburgo en 2002 y desde instituciones mundiales como el World Watch Institute o el propio Parlamento Europeo al instar a poner en marcha medidas políticas con plazos precisos para lograr un incremento del porcentaje de energías renovables en el consumo final energético, de forma que representen un 20 % del total en el año 2020. Una alternativa que es preciso y posible

desarrollar fuertemente en poco tiempo, como mostraron, con datos rigurosos, los expertos participantes en los diálogos del Forum 2004, y que tiene la enorme ventaja para los países en desarrollo de su descentralización y facilidad de mantenimiento. Cabe añadir que las críticas habituales a su alto coste y bajo rendimiento son hoy inconsistentes, dados los notables progresos realizados, en ambos aspectos, a medida que va extendiéndose su uso.

A dichos análisis e impulso se ha venido a sumar la declaración final de La Conferencia Mundial sobre Energías Renovables, clausurada en Bonn el 4 de junio, con participación de más de 150 países, que se selló con un gran acuerdo de medidas concretas, cuya puesta en práctica será supervisada por Naciones Unidas, para impulsar las energías renovables como la eólica, la mini-hidráulica o la solar, reconociendo su papel crucial en la lucha contra el cambio climático y la pobreza.

Naturalmente, ello no supone afirmar que las energías renovables constituyan hoy una solución para desplazar los combustibles fósiles y evitar el cambio climático. Hemos de reconocer que no existe una solución puramente tecnocientífica. Se precisa todo un entramado de medidas (VILCHES; GIL, 2003) que van desde reducciones del consumo de una fracción de la humanidad (lo que exige cambios en sus estilos de vida) a la limitación del crecimiento de la población mundial, pasando por el impulso de la investigación e innovación para el logro de mayor eficiencia energética, etc., etc. Medidas que a su vez precisan de instituciones planetarias plenamente democráticas, con capacidad para evitar la imposición de intereses particulares a corto plazo perjudiciales para otros o para las generaciones venideras. No hay, pues, una solución técnica milagrosa al problema de emergencia planetaria que estamos viviendo.

Y la apuesta por la energía nuclear constituye un buen ejemplo de hacia dónde puede llevarnos (a dónde nos ha llevado ya) el pensar en el “aquí y ahora” sin considerar las consecuencias. Es necesario tomar decisiones teniendo en cuenta el “Principio de precaución”, recogido en el Principio 15 de la Agenda 21 (Naciones Unidas, 1992). Hay que actuar para reducir los posibles riesgos antes de que haya pruebas evidentes de daños y más todavía si se trata de daños a largo plazo e irreversibles. Y desafortunadamente ya tenemos pruebas, ya sabemos lo suficiente para actuar con prudencia.

Referencias

COMISIÓN MUNDIAL DEL MEDIO AMBIENTE Y DEL DESARROLLO. Nuestro Futuro Común. Madrid: Alianza, 1988.

NACIONES UNIDAS. UN Conference on Environmental and Development, Agenda 21 Rio Declaration, Forest Principles (Unesco: París), 1992.

VILCHES, A.; GIL-PÉREZ, D. **Construyamos un futuro sostenible**. Diálogos de supervivencia. Madrid: Cambridge University Press, 2003.

Daniel Gil Pérez
Amparo Vilches
Universitat de Valencia
Valencia – España